



CAPITULO IV.

LOS CUATRO ROSALES.

Era, pues, una simpática afeccion la que habia entre el uno y la otra. La madre se transformaba ahora en muger, así como quince años antes la muger se habia convertido en madre. No habia sospechas, ni regaños en la tutela de la señora Péreux; no habia temor ni fastidio en la obediencia de su hijo. Cuando Edmundo hubo llegado á su mayoría, su madre quiso rendirle cuentas de la fortuna de su padre; pero él la reprendió dulcemente, diciéndola:

—He aquí la primera ocasion que dudas de mí.

Durante el invierno iban juntos al baile. Edmundo tenia un positivo placer en ver bailar á su madre, quien, por su lado, escuchaba llena de felicidad los elogios que la hacian de su hijo. En Estío se iban al campo: por las noches se

paseaban como dos enamorados; montaban á caballo, y recibian á sus amigos y conocidos.

En fin, la señora de Péreux, que no habia vivido nunca con esa vida de esterioridad que forma la existencia da nuestras mugeres de tono, tenia el alma de la misma edad que Edmundo.

Algunas veces Edmundo se habia puesto á llorar repentinamente, con solo la idea de que un dia su madre envejeceria y llegaria á morir.

Entónces se preguntaba, ¿qué seria de él?

Las cosas se hallaban y habian estado siempre en este punto. Edmundo, pues, entró á la casa como hemos dicho, despues de haber encontrado á Antonina.

Segun se habrá podido juzgar por algunas palabras de nuestro héroe, se notaba que, á pesar de su educacion femenina, habia hecho conocimiento con ciertas cosas de la vida. En efecto, habia contraido algunas relaciones que su madre habia mirado con placer, porque hay en este punto una cosa que nos permitirémos notar aquí, y es, la facilidad con que las madres hasta las mas virtuosas, no solamente aceptan y comprenden, sino alientan á veces los amores de sus hijos. ¡Cuántas madres han dicho á sus hijos, convertido ya en hombre, para precaverlo hasta donde es posible de los peligros de la prostitucion tan comunes en los jóvenes: “Haz la corte á la señora de tal ó cual; es una muger casada que no te comprometerá.”—El mundo está lleno de estas anomalías!

Edmundo habia pasado por esta faz previsorra. Lo que era Gustavo, amaba á la muger como nuestros padres del siglo diez y ocho; la amaban alegre, complaciente, viva, al lado de vinos generosos, entre una mesa y un lecho. Así, pues, solo en casa de las *grisetas* era donde regularmente podia encontrar lo que deseaba. Edmundo habia dudado al principio que esta clase de mugeres fueran interesantes; pero habia encontrado en ellas corazones atractivos y virtudes que ni aun sospechaba. Las habia encontrado mas naturales que ciertas mugeres estimadas; aconsejadas mas bien por el corazon que por cálculo. Habia sido testigo de afectos reales y profundos por su parte, y entónces habia concebido por ellas verdadera estimacion y simpatía. Nichette, sobre todas, por un incidente que referirémos luego, habia hecho una fuerte impresion en su espíritu, y conquistado su amistad hácia la clase á que pertenecía, tan calumniada generalmente.

Edmundo habia contado esta historia á su madre, á quien todo contaba; ella la escuchó con las lágrimas en los ojos, y quiso conocer á la heroína. Nichette era modista: fué fácil, pues, hallar un pretexto para hacerla venir á casa de la señora Péreux, quien la cobró mucho cariño, y que sin parecer que tenia noticias de sus relaciones con Gustavo, platicaba á veces horas enteras con ella, y la daba amistosamente

algunos consejos, que la muchacha escuchaba con deferencia, porque Gustavo la habia dicho que la señora de Péreux era una santa, y ella creia todo lo que la decia Gustavo.

Harémos conocer de una vez á nuestros lectores la encantadora manera con que Daumont habia entablado sus relaciones con Nichette, y lo que las habia fortificado.

Un dia, haria de esto diez y ocho meses, cosa de las ocho de la mañana, Gustavo, que como ustedes ven, habia estado madrugador ese dia, se paseaba por el mercado de flores de la Magdalena. Algunas personas hacian sus empresas de Primavera, y una muger, vestida de un lindo trage de indiana, de un sombrerito de paja y de un chal de merino, que formaba sobre sus espaldas algunos pliegues deliciosos, se detenia delante de todos los puestos, y cada vez parecia no haber encontrado lo que buscaba, porque despues de un corto exámen, se ponía en marcha de nuevo, á pesar de las invitaciones de los vendedores, espresadas de esta manera:

—Mire usted, hermosa niña. . . . Escoja usted. . . . ¿Qué necesita usted?

Desde léjos Gustavo habia visto ir y venir á esta compradora descontentadiza, y cuando estuvo cerca de ella, miró que era lindísima. Tenia grandes ojos morenos, tirando hácia verdes; con ese dulce matiz que servia de rima no me

acuerdo á qué poeta, cuando hacia una improvisacion á la bella duquesa de Nevers. Su cutis era blanco como la leche; la nariz ligeramente arremangada; la boca color de rosa como una cereza; en sus mejillas habia dos divinos hoyuelos y en la izquierda un lunarcito. Pero lo que en aquella jöven habia de mas notable con sus grandes ojos y sus pestañas negras, eran sus cabellos rubios como el trigo, dorados como si un rayo de sol los iluminara incesantemente, y que, rizados en bucles ligeros al rededor de su cabeza, la daban un aire de originalidad muy agradable. Algo de la gata habia, por último, en la movilidad y en la finura de aquella fisonomía.

Gustavo se detuvo á pesar suyo, para contemplar aquel rostro encantador. Hubiérase dicho que era una pintura arrancada de su tela y animada por el amor de algun nuevo Pigmalion. Aquella muger, que podia tener diez y ocho ó diez y nueve años cuando mas, era pequeña, ligera, viva, risueña, coqueta, monísima.

Como de duda en duda habia llegado hasta los últimos puestos del mercado; se dijo sin duda entre sí, que era necesario decidirse, y se detuvo delante de una vendedora, ni mejor ni peor provista que las demas.

Gustavo se detuvo en el mismo punto, como si él tambien hubiera querido comprar algo.

—¿Cuánto vale ese rosal? preguntó la jöven con un acento de voz muy armonioso, estendiendo su pequeña manecita, cubierta con un guante limpiísimo, hácia una de las macetas de flores, simétricamente colocadas.

—Cuarenta sueldos, respondió la vendedora.

—Oh! es muy caro! exclamó la griseta.

—Es de lo mas bello que tenemos, mi hermosa niña. Mire usted estas rosas y estos botones soberbios, que ántes de dos dias estarán abiertos! Con este rosal, sin duda tendrá usted para todo el Estío.

—Oh! no. . . Hay cal en el fondo de esta maceta. . . se secará el rosal ántes de quince dias.

—¿Quiere usted que lo saque de la maceta? Cal en mis rosales! ¿en qué está usted pensando, mamacita? En fin, aquí hay otros, pero yo no respondo de ellos como de éste.

—No, éste es el que yo quiero, pero no por cuarenta sueldos.

Gustavo escuchaba todo este diálogo.

—Pues ¿cuánto me dará usted? veamos.

—Doy veinte sueldos.

—Deme usted treinta, y lléveselo.

—No.

—Yo le aseguro á vd. que en ménos de treinta sueldos perderia.

—Entónces me pasará sin él. Por fin, ¿no quiere vd?

—Imposible.

La jóven dió un paso para retirarse.

—Señorita, la dijo en aquel momento Gustavo, quitándose el sombrero, ¿tiene vd. la bondad de permitirme la ofrezca ese rosal de que tiene tantos deseos?

—Pero señor. . . no puedo aceptar, porque no conozco á vd., respondió ruborizándose Nichette, que á pesar de todo hubiera querido tener aquella maceta.

—Pues bien, señorita, harémos conocimiento.

—¿Es eso una condicion?

—De ninguna manera; yo no pido otra cosa mas que el permiso de ofrecerle á vd. ese rosal y otras flores, si otras flores agradan á vd.

Nichette miró á Gustavo sonriéndose: la vendedora la hizo señas de consentir.

—Paguemos cada uno la mitad, dijo Nichette.

—No, contestó Gustavo; yo quiero ofrecerle á vd. este rosal, y eso no me ha de arruinar. Vd. conocerá que á nada me debo creer autorizado en cambio de un rosal de cuarenta sueldos.

—Entónces acepto, dijo Nichette. Deme vd., señora, el rosal.

—Sea en buena hora, exclamó la vendedora, y entregó la maceta á Nichette, quien la tomó en brazos.

—Voy á hacer que la lleven á casa de vd., dijo Gustavo.

—Es inútil.

—Entónces déjeme vd. llevársela.

—No, yo misma quiero llevarla.

—¿Vivirá vd. muy léjos acaso?

—Vivo en la calle *Godot*.

—¿Me permitirá vd. que la acompañe?

—Puesto que he aceptado vuestras flores, puedo aceptar tambien vuestra compañía.

Los dos jóvenes se siguieron platicando hácia la calle de *Godot*. Conversacion fué de gentes que acababan de hacer conocimiento; llena de curiosidad por parte del hombre, de reserva por la de la muger.

Luego que llegaron á la casa en que ella vivia, Nichette dijo á Gustavo, presentándole su manecita.

—Mil gracias, caballero, y se dispuso á entrar.

—Me permitirá vd., señorita, la interrumpió Gustavo, que venga de vez en cuando á saber de su salud?

—Sí señor, cuando vd. guste: yo estoy en casa durante todo el dia; me ocupó en coser.

—Es decir, que de las dos á las cuatro de la tarde? . . .

—Me encontrará vd. siempre. . . .

—¿Y preguntaré. . . . ?

—Por Nichette. No es este mi verdadero nombre, pero así es como me llaman; y soy mas conocida con ese nombre de gata que con el mio propio.

Gustavo besó entónces la mano de Nichette, quien corrió á tomar su llave en el cuarto del portero, y llena de infantil alegría subió los cinco pisos que habia hasta su aposento.

Al dia siguiente vino, y la encontró haciendo un sombrerillo, sentada junto á la ventana, en la que se ostentaba magestuosamente el rosal de la víspera.

Nichette no tenia tantas pretensiones á la virtud como la *Alegría* de Mr. Eugenio Sue; era un poco mas humana y habia tenido sus amorcillos, no muchos, pero sí dos ó tres.

No ocultó esto á Gustavo, quien se dijo á sí mismo: Puesto que otros han triunfado, no creo haya razones para que no lo obtenga yo tambien.

Nichette ara seductora, pero tenia el defecto de no saber nunca ella misma lo que deseaba: en esta época, por decirlo así, era el espíritu de un pájaro bajo las formas hermosas de una muger. Le gustaban muchísimo las representaciones teatrales, el campo y las *Vendimias de Borgoña*. No habia mas que una cosa que no le agradaba, decia, y eran los amores eternos y profundos. En su opinion, el amor era una cosa muy agradable, pero lo comparaba á lo vestidos, y pensaba que ámbos se debían cambiar á menudo.

—Pues bien, la habia dicho Gustavo, yo amaré á vd. como vd. quiere que se la ame, y me marcharé el dia que vd. guste.

—Escúcheme vd.: hagamos un contrato, le habia respondido Nichette con aquella vocesita dulce y los mimos hechiceros que la caracterizaban; amémonos todo el tiempo que dure el rosal que me ha dado vd. Hay cal en el fondo de la maceta, pero yo prometo regarla todas las mañanas.

Esto le pareció original á Gustavo, y ratificó el contrato.

Nichette llegó á ser su querida; pero seis meses después el rosal no parecia marchito, y la muchacha continuaba con placer el convenio.

Gustavo, debemos decirlo en obsequio de la verdad, se habia acostumbrado tanto á las relaciones de la preciosa griseta, que hubiera sentido muchísimo que el rosal se secase, y Nichette se hubiera atenido exactamente á los términos del contrato; es decir, que lo hubiera puesto á la puerta luego que la última flor cayera.

Sin embargo, esta longevidad de una planta quemada interiormente por la cal, no dejó de admirarlo: así, pues, un dia que atravesaba por el mercado de flores de la Magdalena, para ir á casa de Nichette, no pudo ménos que detenerse para comprar un ramillete á la florista que les habia vendido aquel patriarca de los rosales.

—¿Se acuerda vd., lá dijo, del rosal que una jovencita queria comprar á vd. una mañana, y que la ofrecí hará cosa de seis meses?

—Sí, caballero, respondió la vendedora reconociendo á Gustavo.

—Pues bien, ¡todavía está fresco!

—Entonces ¿por qué aquella señorita me ha comprado otros cuatro enteramente semejantes despues, diciéndome que el primero se habia marchitado?

Todo lo comprendió Gustavo. Para estar segura de que el rosál no moria, cada vez que mudaba hojas, Nichette lo reemplazaba con otro. Cuatro ocasiones habia cometido esta deliciosa superchería, sin que Gustavo la conociese. Amaba á su amante, y temblaba de que la abandonase!

Gustavo corrió á casa de la muchacha, y la saltó al cuello. Ella le confesó la verdad, y desde aquel dia apenas se separaban un momento.

Gustavo habia contado esta historia á Edmundo, y éste tuvo deseos de conocer á Nichette, hácia la cual desde entónces concibió una sincera amistad que la griseta le correspondia con toda su alma.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1925 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V.

CONFIDENCIA.

A menudo, Edmundo venia á platicar horas enteras con la griseta en su cuartito de la calle Godot, que Gustavo enriquecia todos los dias con esos lindos juguetes de fantasía.

La muchacha trabajaba continuamente, inclinando su cabeza, ora á la derecha, ora á la izquierda, para examinar el efecto de su obra, con un movimiento lleno de gracia. Sus cabellos rubios rizados al derredor de su cabeza, le formaba una especie de corona bajo las encantadoras fallitas de punto, de flores, de listones, que Gustavo la exigia se hiciese, porque él tenia un cuidado particular de aquella cabecita rubia y rosada.

La señora de Péreux conocia muy bien que aquellas relaciones no serian eternas, pero conociendo la verdadera afeccion que Gustavo profesaba á Nichette, habia querido por una especie de dulce proteccion, satisfacer la prueba de amor que la muchacha habia dado al ca-